

Lugar ninguno*

Votre âme ce chasseur maudit...
Pierre Jean Jouve

I

Dedos guardan premura
Quema el espejo imán
.....
se detiene en la fuente de dátiles
La mano
toma uno y lo lleva lentamente a la boca
Y tu lengua se abisma
por idioma de lances

II

Lejos
(del vidrio al otro lado)
no se escucha
sino una bagatela vegetal
¿el viento?

.....
.....
Suena
Fauré quizá
Bosteza un gato
Y se afanan los reyes en países flamantes

* Parte Segunda del libro inédito Para nunca ser visto, de pronta edición.

III

Caigo en tu cabellera
 Si tuviera cien dedos
 los perdería gozoso en ese país de anillos
 Se va mojando el aire

sonríes
 brilla un pálido
 pliegue
 y arde el sur en el cuello de las botellas

.....
 Descubres como un naipe no usado la mirada

IV

Vela todas las luces
 (pero no todas)
 calza
 pluma en el pie
 Süene
 tu voz como una noche
 malva
 como un perfume
 apenas
 Como una rosa índica y empolvada de gala
 vienes a mí en un triste cuarto de hotel
 putita

V

Deseada
 (pero no del espejo) del azogue
 te demoras en broches sucesivos
 en cigarrillos largos
 rubios

queda prendido
 tal es el desafío del espejo
 Todo serán elogios para este sirviente
 precisamente uncido a su marco ovalado
 que te devuelve a mí tocada de altivez

.....
 Sólo su superficie
 responder de lo eterno en lo inmediato
 sabe

IX

Lejos de las señales
 consentimos
 y en el molde vacío del lenguaje esperamos
 cobijo inútil
 Toda
 mirada cesa

.....
 La lluvia escribe libros de monótona prosa

.....
 Nada
 que nos delate

Ál

.....
 Ácremente despierta —enciendes uno de esos
 cigarrillos de cine— va engullendo el el cami-
 no de vuelta la mirada (fumas, sin apetito, ab-
 sorto en esa línea que conduce —así como la
 endrina costura de tus medias conduce—, pro-
 curando, por juego, que coincida la aguja del
 cuentaquilómetros, lo que no siempre es fácil,
 con un número de habitación) mientras, en-
 tre el azogue y el cristal, el tiempo (se desliza
 una lámina afilada) despliega en el espejo re-
 trovisor un mapa —solicita hendidura— de la
 muerte. (¿De vuelta?).

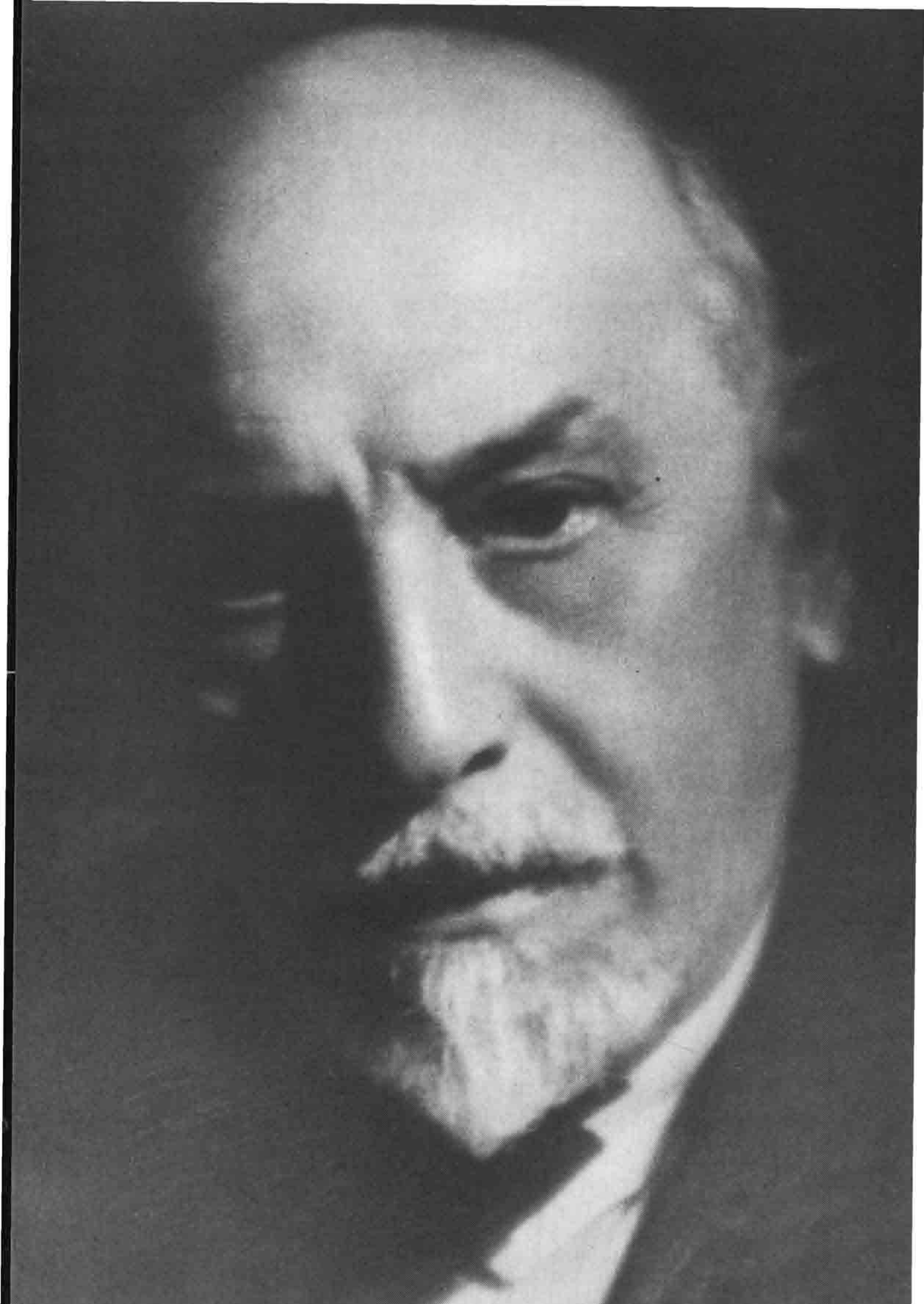
.....
 Cae el tiempo, sin duda, con más intensidad cuando la fina arena (del reloj) el angosto estrechamiento cruza: así las calles pasan, seguras de la brusca caricia de los neumáticos, desfilan hacia el parabrisas para arrojarse luego, despreciadas e inútiles, al omnívoro fondo del espejo: lugar ninguno, ál.


Abres la ventanilla: un olor húmedo y pulverulento desplaza por la fuerza al otro olor (rizado y subjetivo) en cuya ausencia, paradójicamente, su virtud se aviva: celosa afinidad. Del mismo modo una ciudad se escena.



.....
 Caballero sobre un reloj de arena, conduces (las ciudades te conducen) fatalmente a esa ropa celebrada en reposo por un candor plisado (y también te extravían —te espera en parte alguna un hombre sobrio, disciplinado como un atleta— las ciudades, las luces si suavemente rompen, se aristan, se resbalan, redondas, o renacen, eufóricas; según visiten ángulos o fuente, carrocerías cromadas o amplios escaparates) mientras el limpiaparabrisas sigue diciendo «no» con su atentado aplauso, sigue diciendo «no» con sus falsas patitas (o tañido) de Mantis religiosa.

Juan Carlos Suñén



 Anterior

 Inicio

Siguiente 